

Imaginando fronteras: una reflexión semiótica del confinamiento

Juan Erick Carrera



La sociedad hoy nos presenta un tejido de interacciones que poco a poco se ha ido alterando, en casi todo el mundo, debido a un necesario confinamiento que ha dado paso a una constante resignificación de la realidad, desde la propia constitución individual hasta la exterioridad, y *los Otros*, puesto que ha implicado una transformación en las formas instituidas o folclóricas de relacionarse, y con ello una notable alteración hermenéutica del espacio-tiempo. Esta reinterpretación asume la necesidad de sobrellevar la geometría de las nuevas fronteras que nos impiden, por salud, sentir el deseo por lo público, pero también nos invaden reflexivamente con un somnoliento girar del sol

que lentifica un tiempo que ha dejado de ser tiempo social para sentirse como introspectivo.

El proceso de confinamiento, entonces, conduce a nuevos modelos de percibir, significar y practicar el mundo. Es la emergencia de nuevos sentidos, subjetividades, que se expresan y socializan (incluso en redes socio-virtuales) para representar una sociedad del individuo que actúa bajo constantes desarraigos, como una fugaz transitividad identitaria, al enfrentar los nuevos escenarios de interacción cotidiana desde una compleja heterogeneidad tecno-sociocultural en tiempos críticos. Es ver la realidad —muchas veces— desde unos metros cuadrados, observar el ocaso desde la turbiedad de un vidrio que nos prohíbe salir y sentir el mundo, es el volver a mirarnos largamente, es ver cómo una sociedad contempla antiguas prácticas de interacción económica, es la posibilidad de renacimiento de aquellos que el capitalismo ha ido sepultando en el olvido o es la posibilidad de romper barreras a través de las relaciones virtuales, entre mucho más, donde las fronteras dejan de ser fragmentos geopolíticos y culturales determinados contextualmente y pasan a ser imaginaciones de lo posible, de lo que está afuera del rectángulo de madera que regula nuestra libertad, tan cerca y lejos a la vez, donde cada individuo se relaciona mediante un engranaje de percepciones, afinidades y experiencias que se materializan en la conformación de nuevas comunidades, nuevos sentimientos, estableciendo, por consecuencia, nuevas fronteras humanas entre los distintos actores del mundo social y constituyendo, mediante la destrucción de otras, nuevas convergencias sociales, un nuevo modelo de sociedad que poco a poco se petrifica.

Entender estos nuevos espacios semiótico-fronterizos, entendidos como hábitats de significado que se constituyen



por micro-territorialidades de nuestro entorno cotidiano, es una apreciación que hoy nos hace repensar todo aquello que, desde las ciencias sociales, hemos de comprender como territorialidades y fronteras, pues, siguen un constante proceso de transformación desde donde nos posicionamos para comprender el mundo, reflejan parte de nuestra identidad, algo que parecía tan cotidiano desde la conciencia práctica hoy puede ser solo parte de ese pensamiento utópico que ha formulado el sentido de libertad, una que por instantes deja de ser un derecho. Las fronteras imaginadas, pues, no son lejanas, inundan hoy el mundo social; las villas, las poblaciones, los barrios, los propios hogares o las comunidades donde existía una distancia taxativa que nos diferenciaba.

Hoy, por un lado, somos individualistas, vamos contra la natural esencia de lo humano; lo plural, y, por otro, somos solidarios, pues, levantar estas fronteras humanas no sólo es para cuidar de nosotros mismos, sino para cuidar a los otros, es parte de la paradoja en que nos vinculamos con aquellos con los que construimos sociedad.

Las fronteras se rompen cada vez que decidimos inclinarnos por la solidaridad en el barrio, fronteras que parecían impenetrables tras el avance neoliberal que comulga el individualismo como cúspide civilizatoria. Hoy lo público es utópico, es incertidumbre, y el espacio no solidariza con el tiempo, pero imaginamos un mundo diferente, resignificamos el espacio que hoy guarda todas nuestras posibilidades y, por lo tanto, somos esclavos de ese tiempo, ese que parecía raudo y superfluo, pero hoy consigue protagonismo tras su interminable cronología íntima que nos hace replantearnos nuestra realidad, nuestro futuro, y, por consecuencia, influye en el proceso eterno de identitarización al que los individuos estamos sometidos en nuestra propia historia.



Imaginar fronteras en estos tiempos es comprender que no existe un sustento fáctico que nos diferencie, político, étnico o cultural, es comprender que los símbolos inundan nuestra experiencia cotidiana, desde los cuales asumimos una realidad muchas veces pre-instituida. Imaginar fronteras, por lo tanto, es romper con las mismas y asumir que nuestras limitaciones relacionales solo son parte de campos semióticos que inundan de signos e interpretaciones nuestra función socio-cognitiva, expresándose en ideas y (pre)juicios, pero también nos hace pensar en las posibilidades de un real cambio social.

Imaginar fronteras es imaginar nuevos mundos y el confinamiento es, entonces, una resignificación del tiempo y el espacio.

